

ron el combate, y se retiraron á la vista de nuestras tropas. Rocha por su parte, cumpliendo las instrucciones que tenia, siguió su marcha hasta Cadereita, donde pudieron reunirse las columnas republicanas. Como siempre, la escasez de elementos para mantener una fuerza numerosa por mucho tiempo en cualquiera de aquellas pueblos, determinó la necesidad de dividirla, para poder reunirla de nuevo y en el número conveniente, segun lo ecsijiese la situacion.

Al efecto, el general Escobedo con solo su secretario, su pequeño estado mayor y con Rocha que era el mayor general, marcharon á reunirse á las infanterías que habian quedado frente á Matamoras: parte de la fuerza se destinó á Linares; Treviño con otra á Cerralvo; y la de Naranjo á Villa Aldama, quedando Ruperto Martinez á inmediaciones de Monterey para hostilizar al enemigo, enviándose el resto de la tropa á Camargo. El general Canales, cuyo carácter jamas se ha prestado á la subordinacion, partió por su propia cuenta para el Estado de Tamaulipas.

Habiendo llegado á Camargo Escobedo, dispuso que entre esta ciudad, el rancho de las Cuevas y Reynosa, se situase el general Macías con dos cuerpos de rifleros de San Luis, á caballo, y asi se verificó, pero la tropa ya fuese por cansancio, ó por algun otro motivo, se sublevó en este pueblo, tomando el camino de San Luis. Luego que se tuvo noticia de este acontecimiento, inusitado y raro entre las fuerzas de aquella frontera, se ordenó al coronel Pedro Martinez que saliese al encuentro de los fugitivos; y la órden se cumplió con tal esactitud, que á poco andar los sublevados fueron sorprendidos, y Martinez los refundia en su tropa.

V.

Proyectos sobre Bagdad.—Escobedo pasa á Brownsville á combinar sus planes.—Crowford y Reed abusan de la confianza de Escobedo é invaden á Bagdad con filibusteros negros que saquean la ciudad.—Escobedo acude á salvarla, y tiene que batirse con la marina francesa.—Conspiracion de Crowford y Reed.—Escobedo vuelve á su cuartel general.—Ocupacion de Parras por Viezca.—Espedicion de los franceses al mando de Doue.—Movimientos de Treviño, que derrota á los franceses en Santa Isabel.—Marcha de Escobedo sobre Matehuala, y ocupacion de Catorce.—Derrota de Dupin por Espinosa en el Valle de Purísima.—Invasion de los generales franceses Doue y Jeanningros, cuyos planes se desbaratan.—Batalla de Santa Gertrudis y devolucion de parte del convoy á sus dueños.—Capitulacion de Mejia en Matamoras: recursos ministrados por el general Escobedo.

La entrada á Monterey, donde el enemigo habia perdido mas de doscientos hombres, habia proporcionado á Escobedo algunos recursos, con los cuales pudo medianamente equiparse en Camargo la tropa y los prisioneros que habian aumentado su infantería, y mientras esto tenia lugar, y en tanto que el grueso número de franceses que cubrian la línea del interior impedian emprender algo por de pronto,

fué preciso dirigir las miras á otro rumbo, para mantener la actividad de las fuerzas republicanas en perjuicio de las imperialistas.

Reducida la guarnicion de Matamoros á permanecer encerrada tras de sus trincheras, y quietos los franceses en Monterey y sus puntos mas inmediatos, Bagdad se ofrecia como punto objetivo para una expedicion que podria producir cuantiosas ventajas; pero para poder ocupar aquella ciudad marítima, situada en la boca del Rio Bravo y á inmediaciones tan estrechas de los Estados-Unidos, que ofrecian no pocas dificultades, Escobedo concibió el proyecto de pasar á Brownsville para neutralizar los trabajos de algunos perturbadores, que se decian adictos de la República mexicana, y aprovechar algun otro elemento que la casualidad pudiera presentar. En efecto, Escobedo pasó á dicha ciudad, é inmediatamente se puso en contacto con el general americano Crawford y con un coronel Reed, solicitando nada mas de ellos que protegiesen el paso de una fuerza mexicana, organizada á orillas del Bravo. El gefe militar republicano que mandaba en la línea opuesta, no queria dar su asentimiento y ofrecia dificultades que detuvieron á Escobedo con objeto de allanarlas.

Crawford y Reed, faltando á la lealtad, y abusando de la confianza de Escobedo que les habia comunicado sus planes, aprovecharon su detencion, é hicieron por su propia cuenta el negocio: organizaron una fuerza de negros americanos, y cuando menos se pensaba cayeron sobre Bagdad, que, débilmente guarnecida por los imperialistas, sucumbió en el acto. El abuso de aquellos filibusteros fué una verdadera calamidad, porque al apoderarse los negros

de la poblacion, la pusieron á saco, causando en ella y en su comercio desastres que fueron incalculables.

Cuando al general Escobedo llegó la noticia de un atentado tan inaudito, no pudo contener su indignacion, y habiendo manifestado al gefe de la línea americana la enormidad de aquel atentado, le pidió un auxilio de tropa con que lanzar de Bagdad á los filibusteros y restablecer allí el orden, fundando su pedido en una de las cláusulas del tratado de estradicion entre México, y los Estados-Unidos.

La peticion era tan justa, que aquel gefe militar, dió á Escobedo trescientos hombres, con los que, inmediatamente marchó á Bagdad, y puso coto á los desmanes de Crawford y de Reed, quienes, viendo así contrariado su espíritu de vandalismo, intentaron deshacerse de Escobedo á todo trance aun cuando fuese asesinándolo. El primer paso en este atentado fué corromper á la tropa que habia venido de Brownsville, la cual, efectivamente, defeccionó en su mayor parte; pero advertido á tiempo Escobedo de tal asechanza, tomó sus precauciones, y violentamente envió al otro lado del rio al coronel Adolfo Garza para que avisase al gefe de la línea americana diciéndole lo que pasaba. Garza, poniendo en accion toda su actividad, habia ya organizado cien hombres mexicanos, con cuya corta fuerza pudo Escobedo contrarrestar á los asesinos y aprehender al llamado coronel Reed.

La situacion, en verdad, era muy comprometida, pero llegó á ser de lo mas grave cuando, apenas contenidos los filibusteros, se presentó ante Bagdad un buque francés, que en el acto destacó sobre el puerto unas lanchas cañoneras que lo atacaron. Escobedo que poseia la ciudad y que

contaba con toda su fuerza, resistió el ataque con buen éxito. Sin embargo, los marinos franceses emprendieron una segunda embestida, cuando á causa de la defeccion de las tropas americanas, se habia desmembrado la fuerza; y á pesar de ésto, de nuevo se resistió con buen suceso, y las lanchas y el buque de guerra francés se retiraron.

La protesta que contra los filibusteros hizo en esa vez el general Escobedo, es una pieza verdaderamente notable, en que resaltan el patriotismo, la energía y la probidad del Gefe Mexicano.

Chasqueado y disgustado Crowford en su empresa, repasó el rio, llevándose robado un pequeño vapor que Escobedo habia aprehendido á los imperialistas y armándolo para retirarse en caso necesario; y tal fué la irritacion del caudillo de los filibusteros, que, de cuantas maneras pudo, manifestó su resolucion de matar á Escobedo, ya fuese en desafio ó ya mandando asesinarlo, si la casualidad hacia que pasase del otro lado del Bravo. Por desgracia, Escobedo tenia necesidad de pasar á la orilla izquierda para dar sus órdenes á Cortina, á fin de que avanzase sobre Bagdad.

Bien se sabian las amenazas de Crowford; pero no pudiendo encomendar á nadie su pensamiento, ni queriendo por otra parte comprometer á sus oficiales ó amigos, se resolvió á ir, como fué, á Brownsville. Afortunadamente, el general Cortina habia llegado á esta Ciudad, donde ya Crowford estaba trabajando activamente para destruir el pensamiento de Escobedo, que era reforzar á Bagdad; pero las contrariedades que este sufrió lo hicieron continuar su marcha hasta Reynosa, donde tenia parte de sus fuerzas.

Allí determinó que se reconcentrasen las otras tropas que iban ya con destino al mismo Bagdad; y con todas reunidas se dirigió á Linares, donde estableció su cuartel general, prescindiendo por entonces del cuidado de aquella plaza, porque en su concepto era tiempo de emprender nuevas operaciones hácia el interior. Así lo verificó, ordenando desde luego á los coroneles Treviño y Naranjo, que amagasen á Monterey, y previniendo al Gobernador de Coahuila, Viezca, situado á la sazón en Monclova, que hostilizasen al Saltillo con la cooperacion del coronel Martinez, que al efecto salió de Galeana: pero antes de que estos movimientos tuviesen su cumplimiento, Viezca dió aviso de que avanzaba sobre la ciudad de Parras con toda probabilidad de ocuparla. Entonces Escobedo, que consideraba espuesto ese movimiento, con toda violencia dispuso que Treviño, á la cabeza de ochocientos caballos de su brigada, y uniéndose á la de Naranjo, ambos marchasen en auxilio de Viezca, dejando alguna caballería á la vista de Monterey, para ocultar el movimiento. A Martinez se le ordenó que situase su fuerza en Palomas y Agua-Nueva para asediar al Saltillo, y al general Espinosa, que con quinientos infantes y trescientos ginetes, marchase sobre Matehuala, llamando de esta manera la atencion de Doue, que con una fuerte columna habia salido de San Luis para proteger las guarniciones del Saltillo y de Monterey.

Viezca, que realizando su propósito por sí solo, forzó sus marchas y tomó á Parras, derrotando á la fuerza traidora que allí se sostenia, tuvo sin embargo que abandonar la plaza dos dias despues, porque no le era posible resistir á

dos columnas que sobre él venian, una de franceses al mando del coronel Briant, y otra de los imperialistas dirigida por Máximo Campos, que habia logrado rehacerse, y en combinacion con los franceses deseaba vengarse del destrozo que se le habia causado en Parras.

Al operarse este movimiento del enemigo, Treviño dispuso el suyo de manera que su columna marchaba paralela á la de aquel. De paso indicó á Viezca, por comunicaciones extraordinarias, que con su fuerza, que habia dividido ya en dos fracciones, retrocediese violentamente hasta encontrarlo.

*Mto* El 30 de Abril, Treviño llegó á Santa Isabel, donde en el acto tomó posesiones por la corta distancia á que se hallaba de Parras, y en la noche del mismo dia Viezca pudo reunírsele con parte de su trópa que no pasaba de trescientos hombres.

Los franceses estaban prócsimos. Por un momento Treviño dudó si debia mantenerse en sus posiciones, y ya disponia su marcha para escoger otras mejores y batirlos con ventaja, cuando, consultando con Naranjo lo inconveniente que esto podria ser, conociéndose como se conocia, la táctica del enemigo, que era sorprender de noche á los republicanos, ambos gefes resolvieron librar el combate en aquel punto. Sin esta resolucion, los efectos de la retirada les habrian sido desastrosos, porque, efectivamente, el enemigo trató de sorprenderlos, y habria caido sobre ellos en momentos en que la marcha apenas podria irse organizando.

La fortuna no lo quiso así; los franceses hallaron prevenidos á los republicanos, que lograron rechazar su pri-

mera carga: pero lejos de desalentarse dieron un nuevo y rudísimo ataque, y tambien se les rechazó con mas vigor que en el anterior; entonces, se precipitaron con despecho sobre las posiciones, de donde los entusiastas republicanos se desprendieron envolviendo al enemigo completamente. La lucha fué desesperada; Treviño y Naranjo multiplicándose, acudian á los puntos mas comprometidos, y el resultado de este combate, que fué uno de los mas sangrientos en aquellas regiones, ofrece pocos ejemplos de obstinacion entre los contendientes. Los franceses incluso su gefe Briant, fueron deshechos, aniquilados, concluidos, porque no quedó con vida mas que uno solo.

Tan encarnizada batalla no pudo menos de causar grandes pérdidas á los republicanos, que vieron gran número de sus oficiales muertos y otros muchos heridos, incluso el activo y valiente Naranjo, que quedó por algun tiempo inútil, á causa de un balazo que recibió en una pierna.

Costosa fué esta victoria, pero de las mas brillantes y de muy fecundas consecuencias, pues los franceses, enva-lentonados en los primeros dias de su invasion por el interior de la República, á causa de no encontrar ninguna fuerza organizada, y de la destruccion de los elementos de guerra que pudieron quedar despues de una lucha de tres años, se ensoberbecian al suponer que la sola presencia de una patrulla que destacasen sobre fuerzas superiores, bastaba para disolverlas. Los pomposos partes que daban los gefes expedicionarios, en que campeaban la exageracion y la mentira á vista de millones de testigos, que asombrados de tanta audacia no podian desmentirlos, porque habrian sido castigados con la muerte, vinieron á ofrecernos una

muestra de como se ha escrito la historia en Francia. Desde entonces los mexicanos han tenido derecho de dudar de las estupendas glorias, que remontándose á la misteriosa altura de lo maravilloso, presentaban al ejército de Napoleon III como levantado tipo de honor, de inteligencia, de valentía y de subordinacion entre todos los soldados del mundo. ¡Qué distinta es la realidad! ¡Cómo se han oscurecido las brillantes consejas de las campañas de Italia, de Criméa y de los combates al parecer fabulosos de Magenta, de Solferino, de Argelia!

Las muestras del aseo y de la cortesía de los soldados franceses han quedado en los alojamientos, que por decentes que se les ofreciesen, al abandonarlos aparecian destrozados, inmundos y con repugnantes huellas de una soldadesca inmoral y ruda. Como padrones del honor de ese florido ejército, presentes se hallan los comerciantes y aun los miserables vendimieros, cuyas fortunas se menguaron ó han quedado arruinadas, porque se vieron precisados á vender ó á entregar sus efectos á los precios y de la manera que les imponia la voluntad del invasor. El modelo de su disciplina está en esas mentidas reseñas guerreras, que probablemente en Francia habrán elevado á sus autores al rango de héroes, ya que no al de semi-dioses. Era cosa singular, para quienes tan grandes los suponian, verlos confundidos con el vulgo de los impostores, cuando al perder una batalla referian haber obtenido una gran victoria sobre un décuplo de los republicanos, lo mismo que al haber obtenido un triunfo verdadero, disminuian el número de muertos que les hacian los independientes, siendo muy repetidos los casos en que ocultaban las derrotas, y esto en presen-

cia de los pueblos que no podian ignorarlos y que tenian á la vista la frecuente aparicion de reemplazos que sin cesar llegaban de Argelia, de Francia y de Austria.

Ya desde antes de la batalla de Santa Isabel, los franceses andaban cautos, porque su estrategia no era de difícil aprendizaje para los mexicanos, que, convalecidos del primer golpe, luego que se proporcionaron algunos elementos de guerra, comenzaron á dejar el sistema de guerrillas y á desafiar á los franceses; pero éstos, en la frontera y despues del desastre que tuvieron en Santa Isabel, ya no se contentaban con enviar uno que otro batallon en auxilio de los traidores, sino que dando á la insurreccion toda la importancia que tenia, hubieron de trazarse grandes planes de campaña, y que descargar sobre aquellos pueblos gruesos cuerpos de ejército, cuyos movimientos, aunque no se publicase su objeto, claramente manifestaban que por la frontera de Tamaulipas, Nuevo-Leon y Coahuila, tenian que habérselas con enemigos muy espertos, no obstante el empeño que llevaban de ocultar la verdad, repitiendo hasta lo último que los republicanos no eran mas que bandas de foragidos mal armados, sin moral y sin organizacion. A los alumnos de Napoleon III les era forzoso sostener las toscas falsedades que el Mariscal Forey habia vertido en Francia, al asegurar en el Senado, que se decia compuesto de hombres instruidos, que la cuestion militar habia terminado.

Mientras Treviño, Naranjo y Vieza recojian merecidos laureles en Santa Isabel, el general Escobedo, con algunos infantes, habia marchado á ponerse á la cabeza de las fuerzas que mandaba el distinguido general Albino Espinosa, con

objeto de atacar á Matehuala, llevando á efecto su constante propósito de batir en detall á los enemigos. Estos tenían dividida su fuerza en avanzadas que les previniesen de la presencia de los republicanos, que al fin cayeron sobre ellas y sucesivamente las atacaron, hasta obligar á los restos que les quedaban á reconcentrarse en el mismo Matehuala, donde para hostilizarlos era ya preciso contar con fuerzas superiores. Esta era una dificultad, que se hizo mayor con la noticia de que una fuerte columna francesa por el rumbo de San Luis, se dirigia á proteger la guarnicion de aquella plaza; y como la fuerza de Escobedo fuese bien corta, no se creyó prudente comprometerla, porque en efecto habria sido destrozada sin provecho y sin gloria; sin embargo, los republicanos no se retiraron sino á toda luz, á la vista del enemigo y en tal orden, que los franceses no se dieron traza de perseguirlos. Entonces Escobedo, sosteniendo su plan, fingió un movimiento que distrajese la atencion de las tropas que guarnecian á Matehuala, y con la mayor violencia cayó sobre Catorce, para donde habia oportunamente enviado al coronel Martínez, quien, con solo treinta caballos, ocupó la poblacion, derrotando á doscientos traidores que allí se defendian, en tanto que Escobedo para proteger á los suyos, y estar á la vista de cualquier auxilio que al enemigo pudiese llegarle, se estableció pasageramente á la vista de la ciudad, en un punto llamado el Compromiso. La prevision era exacta, porque al abandonar aquella plaza, despues de proporcionarse en ella algun recurso, halló en su vuelta á las fuerzas de Matehuala que de nuevo avanzaban por aquellos rumbos, pero no en tanto número que no se les pudiese hacer frente, y en efecto, se

cargó sobre ellas obligándolas á retroceder y á replegarse hasta el mismo punto de su partida.

Como se deja ver, el conjunto de todas esas operaciones, al parecer pequeñas, daban al enemigo un resultado funesto y de grandes proporciones, puesto que para mantener sus conquistas no les bastaba una patrulla en cada punto, segun al principio decian, sino que les era forzoso cubrir el mas insignificante lugar con gruesos batallones, y emprender campañas con todas las formalidades que esije la ciencia militar.

Obtenida aquella ventaja contra las fuerzas de Matehuala, para dar un tanto de descanso á la tropa y atender á su equipo, dispuso Escobedo que la que llevaba á sus inmediatas órdenes quedase á cargo del general Espinosa en Rio Blanco, y él marchó hasta Linares, donde como hemos visto, habia establecido su cuartel general. Apenas llegaba el general en jefe á dicha poblacion, cuando el general Espinosa recibió la noticia cierta de que una contra guerrilla mandada por el funestísimo Dupin, cuyas atrocidades quedaron en Tamaulipas escritas con sangre, se dirigia rumbo al Valle de Purísima para ocuparlo. Espinosa tenia un corazon ardiente, el honor era su divisa, la modestia su mayor virtud, la gloria de su patria su principal deber, ante el que, todo lo sacrificaba; y considerando que en sus circunstancias el mayor que tenia, era el de combatir contra los invasores, resolvió salirles al encuentro. Dupin el foragido, el contra guerrillero que hacia temblar con su nombre á los pacíficos habitantes de la República, habia ya ocupado el pueblo de Doctor Arroyo, donde no quiso verse sitiado por Espinosa, y tambien le salió